

Yucatán

Ludovic Chambon

El trayecto fue agradable y corto (dieciocho horas). Teníamos a bordo parte del Circo Orrín. Resulta muy divertido observar a esta gente. Aquella joven *miss* que flirtea con el capitán, es la jinete de traje color carne y falda diáfana. Seguramente ese hombrecillo de boca ancha es el Augusto del grupo, siempre el primero en reírse de sus propios chistes. Vestido a la última moda inglesa, fumando siempre un enorme puro, con el bigote envaselinado, se halla al trapecista cuyas formas y gracias harán soñar durante mucho tiempo a las sentimentales del lugar. Conocí también a una francesa, cantante o más bien... cantatriz; "vía México" y por anticipado, me sumé a sus admiradores.

La suerte prodigiosa que me acompañó durante todo el viaje (y sin embargo vi la primera luz un viernes 13), me hizo encontrar a bordo del "Orizaba" al señor Lefertrille, un compatriota que vivía en Mérida. Este hombre tan amable, que representaba muy bien a Francia en el extranjero por su alta estatura y su carácter alegre, advirtió en seguida que yo era un novato en la vida americana y me ofreció

hospitalidad. Y como yo titubeaba por delicadeza, me dijo:

—No esté agradecido de antemano. La hospitalidad en este país consiste en dos ganchos.

—¿En dos ganchos...? No entiendo.

—¡Sí, en dos ganchos para colgar una hamaca!

Feliz como un rey, pisaba territorio mexicano, prometiéndome a mí mismo no rascarme los piquetes de mosquito, dejarme crecer la barba y, para imponer aún más, fruncir continuamente las cejas, como don Aníbal de la Aventurera.

PROGRESO

Los barcos anclan a dos kilómetros de la playa porque el mar es abierto. Todo lo que recibe Yucatán pasa por Progreso (que es más bien un desembarcadero que un puerto), a fin de aprovechar el ferrocarril que conduce a Mérida, capital de Yucatán, a la cual nos dirigimos inmediatamente. La línea del tren atraviesa las salinas con olor a fiebre amarilla, montes que, por la resequeidad del suelo, no tienen la misma exuberancia que en

Ludovic Chambon. Viajero francés que recorrió el sureste de México en 1901.

otras regiones más húmedas, y campos de henequén, única riqueza del lugar. Sobre toda la región planean los zopilotes (especie de pequeño buitre negro que hace en México el oficio de la Cía. Richer).¹ Por aquí y por allá, en la llanura, se ven pequeños montículos que despiertan mi curiosidad. Pregunte qué son y le responderán: *Son montes hechos a mano.*² Fueron construidos antaño por los viejos indios mayas para servir de zócalos a sus templos.

La palabra "monte" me hace pensar en una curiosidad de traducción. En español puro significa montaña, denominación muy natural de parte de los conquistadores para estos montículos artificiales. Pero después "monte" tomó, en América, el significado de selva virgen. Así, la confusión del sentido americano y del sentido español trae consigo los siguientes contrasentidos: *Encontraron un monte hecho a mano*, algunos traducen: "Encontraron una selva virgen cuyos árboles habían sido plantados a mano." *Cortaron un monte*, otros traducen: "Cortaron una montaña."

MÉRIDA

Mérida se extiende sobre una superficie bastante grande, ya que la mayor parte de sus casas sólo tienen planta baja. Es raro encontrarlas de dos pisos; el calor ardiente de la región exige techos muy altos.

Es agradable contemplar la plaza grande, con su jardín central, las altas arcadas del Palacio del Gobernador y la vieja casa de ricas decoraciones exteriores del conquistador de Yucatán, Francisco de Montejo. El museo de la ciudad posee varias antigüedades interesantes, principalmente un dintel esculpido en madera proveniente de las ruinas de Uxmal. Asombra la delicadeza de este trabajo cuando se sabe que los antiguos mayas hacían esas cosas maravillosas sobre piedra y sobre madera, contando únicamente con rudimentarios instrumentos de puntas de sílex y de obsidiana. Se ven, además, algunas vasijas curiosas, pero todo está dentro del más grande desorden. Quedé atónito al

Casa de Montejo.
Calle 63 entre 60 y 62,
Mérida, Yucatán.



encontrar, al lado de una monstruosa estatua antigua, un pequeño busto de Napoleón I.

A pesar de las bandas de música militar, un teatro y un circo, la ciudad no es del entero agrado de los extranjeros, que la encuentran poco sana y muy sucia. Muy a menudo lo confortable y lo deseado van de la mano, contradicción muy común en ciertas ciudades de América que, deseosas de desarrollarse rápidamente, no poseen más que las recientes ventajas de la ciencia aplicada a la civilización. Un perro muerto, por ejemplo, se quedará un día entero al lado de los rieles de un tranvía. Una noche vi, a la luz de un farol eléctrico último modelo, un coche de alquiler que estaba hundido en el lodo hasta el eje de la rueda, abandonado en medio de la calle.

Hay que decir que resulta bastante difícil mantener la ciudad siempre limpia, pues no existe sistema de alcantarillado. Sería, además, imposible encontrar un vertedero para las alcantarillas. Sin embargo, se tenía la intención de conducir las hasta los ríos subterráneos que surcan el subsuelo de la península yucateca, pero se debió renunciar a este proyecto por el doble inconveniente de costar demasiado y envenenar, a su vez, todos los cenotes. Afortunadamente, hay muchos zopilotes...

Para abastecerse de agua, Yucatán sólo cuenta con los cenotes. Éstos son

estanques alimentados por los ríos subterráneos que acabamos de mencionar. Su nivel se encuentra entre cinco y diez metros bajo el suelo. Algunos se hallan a cielo abierto. Casi todos están cubiertos y no se puede llegar a ellos más que por una galería de suave pendiente. Los pueblos y las ciudades se construyen vecinas a los cenotes. Hay varios en Mérida; uno de los más bellos es el de Santa Ana. Al visitarlo, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver cinco o seis chiquillos bañarse en esta piscina de donde bebía todo un barrio! Desde entonces, siempre bebo agua filtrada.

Los yucatecos son los indígenas blancos del país, pero ninguna familia, dígase lo que se diga, puede actualmente pretenderse virgen de sangre india. Cuando se les pregunta si son mexicanos, contestan: "Soy yucateco", porque las ideas separatistas están muy arraigadas aquí. La colonia extranjera, que no es muy numerosa a causa del *vómito negro*, tiene sin embargo, entre sus manos, una gran parte del comercio. En cuanto a los indios, son soldados y están encargados de los trabajos penosos de la ciudad. Por triste que sea su situación, es mejor que la de sus hermanos del campo, peones en las haciendas. El peonaje no constituye más que una esclavitud disfrazada.

Fui presentado a un viejo amigo de mi anfitrión, un comerciante norteamericano, cuya humorística

conversación me divirtió mucho. En relación con él, me contaron una historia que le había ocurrido con un juez de Mérida: había un proceso cuyo objeto era una hacienda muy importante. Al saber que su adversario tenía estrecha amistad con el juez, fue a buscar a este último para tratar de poner las ventajas de su lado, y le dijo simplemente:

—Si gano, el valor de la mitad de la hacienda le pertenece.

El asunto termina y, bien entendido, la hacienda se adjudica al norteamericano, quien no tarda en recibir la visita del magistrado:

—¡Bien! Vengo por el asunto —dice éste guiñando un ojo.

—No sé, señor juez, de qué asunto quiere hablar, pero estoy a su disposición...

—¡Vamos, vamos! No bromeemos —repuso el juez, un poco nervioso—. Le hablo de la hacienda, de la cual usted me prometió la mitad del valor.

—No es posible, señor juez. Debe haberlo soñado.

—Entonces, rehúsa usted hacer honor a su palabra...

—Pero, señor juez, está usted en un error. Jamás me permitiría proponerle semejante cosa. Sería un insulto a su...

—Es usted indigno del nombre de caballero...

—La justicia es ciega, señor juez, y yo soy sordo...

El pobre juez fue el hazmerreír de la ciudad y todo el mundo tomó la resolución de adoptar el sistema del corderillo norteamericano. Parece ser que la justicia está ahora mejor repartida.

No sea incrédulo al leer estas líneas. Los mexicanos mismos reconocen la corrupción de sus magistrados; se "arregla" uno con ellos, igual que con un abogado. Por mi parte, yo mismo vi entre las manos de un quejoso de una pequeña ciudad de Tabasco, un recibo por 20 pesos firmados por el juez del lugar, mientras que el asunto estaba aún en litigio. En suma, el más temible o el más generoso es el que gana. México está todavía en nuestros tiempos de las especias.

GRUTAS DE LOLTÚN

Pronto me decido a empezar la visita de las ruinas (finalidad de mi viaje) y tomo el tren que conduce a Ticul. Mientras el henequén golpea las portezuelas de los vagones poniendo en peligro la vida de los pasajeros, entablo conversación con mi vecino, hombre vestido de negro y cuyo rostro lampiño anuncia un sacerdote o un farsante. En efecto, es el cura del pueblo situado cerca del territorio de los indios bravos (indios sublevados).³ De inmediato percibo el vacío enorme que hay en los conocimientos de este ministro de Dios. Júzguelo usted mismo. Interrumpe una serie de preguntas que le hago



Grutas de Loltún, en Yucatán.

sobre sus peligrosos vecinos y, de pronto, interroga:

— *¿Hay indios bravos en Francia?*

Pasado mi primer asombro, respondo:

— *Sí, señor cura, pero dichosamente pocos.*

Había que hacer saber al pobre hombre que Francia también tiene sus problemas. Pocos minutos después, con una simplicidad bíblica, me decía, hablando de las ruinas de Yucatán:

Estoy convencido de que esos monumentos han sido construidos poco después del diluvio.

Desde la separación de la Iglesia y el Estado, si los curas del campo no tienen siempre inteligencia notable, son, en cambio, muy buenos padres de familia. El hecho de haber depuesto la sotana los ha acercado a la especie humana. Excusémoslos: la naturaleza habla más fuerte en estas regiones ardientes, en medio de las bellas y numerosas indias mayas.

—Encontrará en tal pueblo, una población mestiza espléndida —me dice un día— y no verá más que indios puros en todos los alrededores.

—¿Y cómo es posible eso?

—Es muy simple. Antes de la separación de la Iglesia y el Estado, había en ese pueblo un *convento de frailes*.

—¡Ah! ¡Ah!

En efecto, nuestro Rabelais pretende que "solamente la sombra del campanario de una abadía es fecunda".

En la estación de Ticul, encuentro por casualidad al señor Thompson, arqueólogo distinguido, cónsul de los Estados Unidos en Mérida, y al señor Fajardo, amable *hacendado* a quien había yo sido recomendado. Gracias a esta preciosa relación, veo desvanecerse ante mí todas las dificultades. La velada se pasa en la agradable compañía del doctor Palma (uno de los raros médicos que ejercen la medicina por humanidad).

Al día siguiente en la mañana, tomábamos el volán-coche, único vehículo posible en los pésimos caminos de Yucatán. ¡Pésimos caminos! Se puede decir. Se insultaría de buena gana a la admiración de vías públicas, si por lo menos existiera en México. El volán-coche, primo de la volanta cubana, está lejos de tener la misma comodidad y la misma solidez. Cuando las mulas no trotan igual, las sacudidas son continuas y se resienten más, ya que los pasajeros no disponen de asiento, tendidos como pachás en un colchón interior. Durante mi travesía por el Atlántico, mi estómago quedó acostumbrado al mareo y puedo resistir estos horribles traqueteos. Al fin llegamos a la hacienda de Tabí, con los miembros rotos y los oídos despedazados por las injurias y los incesantes ¡muli!, ¡mula!, de nuestro cochero indígena.

La hacienda del señor Fajardo produce henequén y maíz, pero

principalmente azúcar. Es muy interesante seguir los detalles de su fabricación. Tuve el placer de oír elogiar las máquinas francesas, que son las mejores, pero también las más caras.

En cuanto los caballos hubieron terminado su ración de maíz y de ramón, partí con el señor Thompson a las rutas de Loltún,⁴ donde se hacían excavaciones muy serias bajo sus órdenes. Atravesamos el monte, pleno de cactus, de lianas, de cordoncillos de plantas parásitas y poblado por una infinidad de pájaros desconocidos para mí. Son lindos los chupamirtos cuando revolotean alrededor de una flor; sólo la cabeza está inmóvil, mientras que el resto del cuerpo obedece a graciosos movimientos que le son impresos por las alas de reflejos múltiples y cambiantes. A cada instante, para evitar las ramas que amenazan a uno con dejarlo ciego, hay que inclinarse sobre el pomo de plata de nuestras sillas mexicanas.

El campamento de los indígenas aparece a través del follaje y bajamos inmediatamente a la gruta guiados por Teodosio, un maya muy inteligente a quien el señor Thompson debe el descubrimiento de esta nueva estación arqueológica. (El indígena es, generalmente, poco comunicativo y no quiere mostrar lo que queda de sus ancestros para evitar nuevas profanaciones.)

Fortificada en su entrada por cinco o seis hileras de muros, la gruta debió servir, antiguamente, de refugio a algunos desesperados. Lo más interesante consiste en seguir las inmensas galerías, donde bajo la guardia del misterio y de la sombra, se conservan símbolos y jeroglíficos esculpidos en la roca, dibujos con color o tizne representando cabezas enérgicas ornadas de cascos emplumados, vasijas cubiertas de numerosas decoraciones, algunos cuerpos humanos caricaturizados y, en fin, la larga mano trabajadora, *kab-ul*, que se encuentra en todas las ruinas de Yucatán.

A nuestro regreso a la luz, conozco al señor Saville, joven arqueólogo (venido desde hace poco de la escuela de Cambridge, Estados Unidos) quien, muy contento, nos presenta sus hallazgos del día: huesos tallados, puntas de flecha, cuchillos de obsidiana, estatuillas, etcétera. Tengo la desgracia de despostillar con el pie una vasija oscura y terrosa que no había visto sobre el suelo. El arqueólogo no dijo nada, pero me lanzó una mirada que decía mucho. No fue sino hasta la noche, después de una succulenta cena de *tortillas*, de *frijoles*, de *tasajo* y de agua, que al señor Saville se le pasó el enojo y rió sobre el asunto de la vasija rota.

Reunidos alrededor de nuestras fogatas de campamento, charlamos sobre el doblamiento de América y

de las diferentes hipótesis emitidas sobre este asunto. Los mayas fuman acostados en sus hamacas, o bien, dormitan agachados cerca de los árboles, enrollados en sus *jergas*. Tímidas y temerosas, las mujeres se mantienen aparte, mientras los caballos mastican silenciosamente su ramón. De repente, se oye una melodía ligera, delicada y que, desde lejos, parece ser ejecutada por dos tocadores de guimbarda. Es un indígena vestido con un simple calzón, que toca con el *hull* una graciosa melodía.

Sin la certeza de ser exacto en mis conocimientos, voy a dar la descripción de este instrumento primitivo.

Imaginen un ligero bastón que se mantiene en forma de arco por medio de una línea fina, flexible, resistente y cuyo largo varía entre 50 y 80 centímetros. El instrumento se apoya sobre uno u otro hombro, de manera que los labios entreabiertos puedan, fácilmente, colocarse al lado de la liana sin tocarla. Dos pequeñas baquetas son el complemento necesario del *hull*. Una de ellas, sujeta con la mano izquierda, busca la cuarta (el do por ejemplo, suponiendo que la cuerda larga da el sol) y se pone siempre en el mismo lugar o se levanta, según las necesidades del acorde. En este caso, do será la tónica de la melodía y sol será la dominante. La otra baqueta, sostenida entre el pulgar y el índice de la mano

derecha, hace vibrar la liana con golpecitos continuos. Aquí, la cavidad bucal, en la cual se amplía el sonido producido por la cuerda, no sólo aumenta la fuerza de las notas (como el carapacho de tortuga para la lira griega, y como la caja para nuestro violín moderno), sino que todavía da una tonada independiente de la tónica y de la dominante, gracias a sus contracciones y al aumento o disminución de su vacío, obtenidos por el avance o retroceso de la lengua. Como se ve, el *hull* es el tipo rudimentario del monocordio, con intervención de la boca, la primera caja de resonancia que el hombre haya descubierto.

La melodía maya, la única que los indios saben tocar en el *hull*, es muy conocida entre la población campesina yucateca. La he oído silbar muy a menudo por los peones de las haciendas. El hecho de oírla tocar en un instrumento tan primitivo, y de ser tan popular entre la gente sin instrucción que vive en grupos aislados y que no conoce más que la vieja lengua maya, me llevó a creer, al principio, que me encontraba en presencia de una melodía precolumbina. Desafortunadamente para mi ilusión, un fino conocedor me aseguró que no había que buscar en esta tonada un origen tan lejano, pretendiendo que no tenía ningún carácter arcaico y que se parecía, en su contexto general, a un producto

de nuestra música en el estado en que se encontraba hace ciento cincuenta años, ¿fue por medio de una fanfarría española, de un guitarrista o de un cantante ambulante que la aprendieron los indios mayas? ¡*Quién sabe!* Sea como sea, esta hipótesis nos recuerda la famosa *Noël de l'Arlesienne* tan célebre en Provenza, la cual no es más que una marcha para trompetas compuestas por Lulli.

La noche estaba bastante avanzada. Había que pensar en acostarse. El señor Thompson y yo declaramos nuestro deseo de dormir en la gruta, ante la estupefacción de Teodosio, quien hace todo lo posible por desviarnos de semejante proyecto. Nos habla de genios guardianes de tesoros, de enormes toros que atacan a los profanadores y de aludes de piedras que lanzan seres invisibles. A pesar de sus temores y lamentaciones, pasamos una buena noche en nuestra húmeda recámara improvisada, rozados de vez en cuando por los murciélagos cuyos chillidos estridentes venían a turbar el silencio que reinaba bajo esas bóvedas. Burlándome de las supersticiones indias sobre las *cuevas encantadas*, en el fondo las excuso diciéndome que yo no dormiría solo, con la misma tranquilidad, en uno de los viejos castillos abandonados de la Dordogne. Ciertamente me decidiría a hacerlo, pero es seguro que tendría peores sueños que en el fondo de mi gruta yucateca. Las



Mirador o Castillo de Labná, en Yucatán, México.

leyendas locales producen efectos terroríficos únicamente en los habitantes de la región.

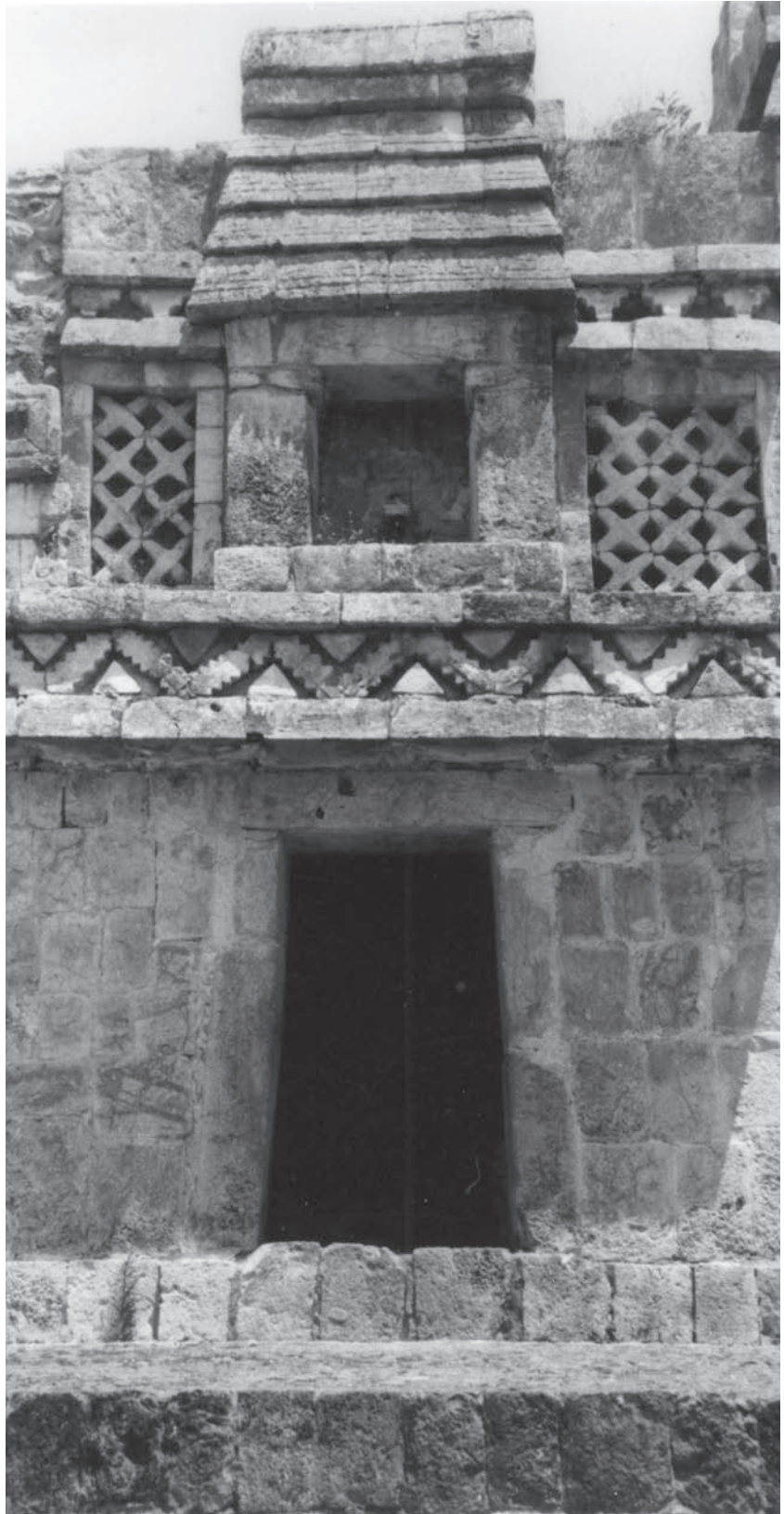
En la madrugada, varios indígenas bajaron a la gruta para ver lo que quedaba de nosotros; se mostraron atónitos al vernos ocupados en nuestro aseo personal cerca de las grandes tinajas de piedra, puestas allí por los antiguos trogloditas mayas para recibir el agua que escurre de las estalactitas. Poco a poco, gota a gota, átomo por átomo, una estalagmita brotó en uno de esos recipientes, cuyo antiguo uso está indicado únicamente por las esquinas que el lento trabajo de los años no ha cubierto de calcáreo.

LABNÁ

Después de agradecer a los señores Thompson y Saville sus gentilezas, regreso a Tabí para tomar un volán-coche que me conduzca a las ruinas de Labná. Aquél que soporte victoriosamente las sacudidas de este vehículo, no tiene nada que temer al mareo en altamar, a los columpios o a los caballos de madera. Hicimos un alto en el *Pozo que Sopla*.

Apenas bajé del volán-coche, escuché una especie de silbido continuo proveniente de un brocal redondo que sobresalía del suelo. En seguida advertí que ese ruido lo ocasionaba una violenta corriente de aire que atravesaba la tapa que cubría el orificio del pozo para evitar accidentes. Su diámetro es de 1.20 metros; en

cuanto a su profundidad, bastante grande, no puedo determinarla. Me parece haber visto, sin embargo, un poco de agua reflejada en el fondo. El guía, después de haber retirado la tapa, me invitó seriamente a tirar mi sombrero al pozo, asegurándome que no podría caer. Como no me atrevía a intentarlo con mi *jipijapa* casi nuevo, el indígena, para probarme la veracidad de su afirmación, lanzó al pozo su ancho sombrero mexicano que revoloteó durante unos segundos en la orilla del orificio y fue en seguida violentamente repelido fuera del brocal. Me convenció. Mis hombres me informaron sobre el hecho de que había dos corrientes de aire distintas. Durante el día, el pozo sopla, pero al llegar el crepúsculo se produce una calma al final de la cual la corriente se vuelve interior hasta la aurora. Puede ser que el sol de los trópicos, al calentar el aire y volverlo menos denso, provoque la corriente exterior, mientras que al atardecer, el aire frío entra con violencia al pozo para llenar el vacío producido por la espiración del día. Esta explicación me parece la más acertada, a menos que se haga desempeñar un papel a los ríos del subsuelo yucateco. Sea como sea, este fenómeno prueba la existencia de inmensas cavidades debajo de nosotros, hechas para tentar la curiosidad del señor Martel, explorador de los cursos de agua subterránea. Este pozo, que con seguridad existía



Detalle del Arco de Labná, en Yucatán, México.

antes de la Conquista (ya que estamos actualmente en plena selva, lejos de todo poblado), es, sin duda, una curiosidad natural, o bien puede ser, quizá, obra de los antiguos mayas, de quienes un centro de población existía antaño en estos lugares.

Según esta última hipótesis, tal trabajo sería prodigioso, tomándose en cuenta la ausencia de herramientas de metal entre los indios y la dificultad que existía, por lo tanto, de cavar en la roca. Creo, más bien, que se trata de una obra de la naturaleza. Con gusto les hubiera contado una pequeña leyenda sobre el *Pozo que Sopla*, porque es probable que el espíritu del pueblo supiera encontrar alguna explicación fantástica a este fenómeno, pero desgraciadamente, mis hombres sólo respondían a mis preguntas con el *quién sabe* de la ignorancia. Lamento no tener la imaginación de don Quijote para inventar una pequeña historia sobre esta nueva Cueva de Montesinos.

Algunos instantes después, el volán-coche me depositaba al lado de Labná. Subí por una pequeña vereda y, de pronto, me encontré por primera vez ante una de esas bellas ruinas con las que soñaba desde hacía tanto tiempo. Al ver esas figuras con muecas, ese estilo original y el conjunto blanco del monumento que contrastaba con el fondo de vegetación, tontamente, muy tontamente, me quité el sombrero. Bueno, supongamos

que sólo fue para secarme la frente y olvidémonos del asunto. Sepan, sin embargo, que no tengo la intención de dar una descripción de las ruinas; mi ignorancia en arqueología y el poco uso que puedo hacer de los términos de arquitectura, no me lo permitirían. Vi las piernas de una estatua de piedra toscamente talladas pero, sin embargo, interesantes por la presencia del calzado de los antiguos mayas, *xanakehuel* (simples suelas sostenidas por una cuerda o correa que se enrolla cinco o seis veces alrededor del tobillo). De lejos, parece una superposición de anillos. Los indios conservan todavía esta costumbre. De entre un montón de ornamentos, emerge una boca entreabierta de serpientes, al fondo de la cual aparece una cabeza finamente trabajada. Ese trozo admirable es una de las manifestaciones más evidentes del culto a Quetzalcóatl, el dios de los toltecas en Yucatán. Sobre el muro, hecho con piedras en relieve, se encuentra un motivo decorativo muy común entre los griegos (hablo de esa línea que se pliega varias veces sobre sí misma en ángulo recto).⁵ En el lado izquierdo del palacio, observé una cabeza monstruosa capaz de dar una idea de la religión llena de terrores de los indios precolombinos. Esa misma cabeza, con su rictus, se encuentra en todas las ruinas de Yucatán. La boca es hueca, los colmillos se juntan y la nariz, siempre desmesurada, sube o

baja, según los lugares. Esta especie de trompa explica, sin disculparla, la teoría de la existencia del elefante en América. Teoría inventada y sostenida por varios escritores cuyas facultades y asociación de las ideas estaban demasiado desarrolladas. La inmensa nariz respingada de la cabeza que examino en Labná, lleva inscripciones sin ninguna relación con los jeroglíficos: barras, puntos, lunas, circunferencias con otras pequeñas circunferencias interiores formadas por puntos o líneas, líneas alrededor de las cuales serpentean otras líneas curvas, etcétera. En resumen, me pregunto si estos caracteres no formaban la antigua escritura maya, y si los doscientos veinticuatro manuscritos quemados por Landa no habrían sido escritos de este modo. Quizá constituían la escritura común, mientras que los jeroglíficos no eran más que símbolos.

Había, igualmente bien grabado y conservado, un hombre portando una carga del mismo modo que los indios modernos, es decir, con una correa de cuero apoyada sobre la frente.

El segundo monumento digno de interés, es el templo que se halla encima de la única pirámide artificial del lugar. La parte superior de este teocalli permitía a un gran número de guerreros colocarse ahí para lanzar flechas en caso de asedio. El exterior estaba revestido con estatus de estuco cuyas huellas se observan todavía.

La estatuaria era para los indios una parte que exigía muchos cuidados. Charnay, en su expedición a Palenque, gracias al examen juicioso de varios bajorrelieves, adquirió la certeza de que los escultores de América Central labraban primero el cuerpo, luego el ropaje y, por fin, los ornamentos, aportando el mismo cuidado a todas las partes de la figura. Vemos que los artistas mayas eran tan sinceros en su trabajo como el autor del *Juramento del juego de palma*, que pintaba a sus héroes desnudos y adornaba posteriormente sus músculos con vestidos. El señor Thompson apoya la teoría de Charnay y pretende que todas las partes del cuerpo de la estatua tienen sus osamenta, y que las venas y las arterias sobresaltadas se obtenían por medio de fibras de he-nequén recubiertas por una ligera capa de cemento. Esta última afirmación prueba a qué grado los antiguos tenían el deseo de la perfección. En cuanto a las pretendidas tibias y húmeros que se ven a veces salir de un miembro roto, son largas piedras destinadas a dar mayor solidez a la masa de la composición.

Bajando del teocalli, mi guía me preguntó si no me quería llevar la cabeza de serpientes que tanto me había gustado y grabar mi nombre sobre las ruinas. A la primera proposición respondí que pensaba yo demasiado en los turistas que vendrían después de mí para llevarse cualquier cosa;

a la segunda hice una paráfrasis del pensamiento: *nomina stultorum ubique inveniuntur*.

Contento de mi jornada, tomé el camino a Tabí. Pude constatar que el *Pozo que Sopla* empezaba a hacer una inmensa provisión de aire alrededor de las seis de la mañana. Una buena noche, en una hamaca, me descansó de todas las fatigas.

¡Ah! Pero no he hablado todavía de la hamaca. ¡Es divina! En primer lugar, no pesa mucho. El espacio que ocupa en una maleta es apenas el de dos pijamas. Nada hay más fácil que colgarla. Dos ganchos en un cuarto, o dos árboles en la selva, permiten constituir un hogar (la cama o la hamaca en el domicilio). Al principio, el europeo inexperto se acuesta a lo largo, lo que lo obliga todo el tiempo a hacer prodigios de equilibrio; muy a menudo una pequeña caída nocturna interrumpe sus pesadillas y le da un poco más de experiencia. Pero al cabo de cierto tiempo, la dirección del cuerpo forma, con el eje de la hamaca, dos ángulos opuestos por la parte de arriba, cuya separación está en razón directa de la costumbre que se tiene de la nueva forma de dormir: la cabeza es levantada como por un cojín, las mallas se separan, se sienten uno suspendido en el aire y se jura entonces no volver a dormir en una cama. "*La cama* —me decía un joven yucateco que regresaba de Estados Unidos— *no me gusta. Uno no se puede*

columpiar." Este grito del corazón es suficiente para poder comprender el encanto de la hamaca. A las horas del meridiano, cuando el sol distribuye tifus, fiebre amarilla o insolaciones, es muy agradable quemar un cigarrillo con un amigo, sentados los dos en los lados opuestos de la hamaca, que por el momento se transforma en *love seat*. Nada es tan melancólico como encontrarse ahí con una bella indígena o mestiza que ha perdido la llave de su casa, a quien albergamos por caridad, ¡la pobrecilla! La chica es ágil y graciosa cuando, sacando una pierna bien torneada de la hamaca, da un violento golpe con el pie sobre el suelo para dar al amor su fresco balanceo.

NOTAS

- 1 Servicio de limpieza en Francia. [N. del t.]
- 2 Las palabras o frases en cursivas están en español en la versión original. [N. del t.]
- 3 En 1848, después de una sangrienta revuelta, los indios se constituyeron un territorio en la parte este de Yucatán. Su bravura y el mal clima han hecho fracasar, hasta ahora, todas las tentativas de represión. Desgraciadamente, el temor de caer de nuevo en la esclavitud que durante siglos han sufrido, los hace masacrar a todo blanco que penetra en su territorio. Chan Santa Cruz es su capital. Organizados en conjuntos bajo la dirección de un cacique, no son tan salvajes como se cree. Me han asegurado que sostenían relaciones comerciales con Honduras y que fabrican azúcar en centrífugas de triple efecto de marca norteamericana. De hecho, su independencia existe, aunque el gobierno mexicano no la haya reconocido.
- 4 Loltún quiere decir, en maya, *flor de piedra*; así llaman los indios a las estalactitas y las estalagmitas. Su lengua es muy armoniosa. Casi todos los nombres de animales, y sobre todo de pájaros, son onomatopeyas.
- 5 Grecas.